

ce por un lado en el hecho de que amara, y como a sus creencias ideológicas, compromete al PPD a par-

Finalmente, tiene el problema de Fuster.

de electores le ha encomendado.

Un hombre de Dios

Hombres de sueños y de ensueños es este Miguel Limardo. Hombre de caridades y de claridades; raíz y fruto en la misma gavilla; rezo y agonía en el mismo aliento; risas y lágrimas en el mismo temblor. Hombre de paz, hombre de perdón, hombre de arrepentimiento.

Es hombre sabio este Miguel Limardo tanto por lo que ha leído como por lo que ha vivido. Y es hombre sabio, además, porque tiene amistad con Dios.

Tener amistad con Dios no es simplemente tutearlo. Es, además de eso, hacer las cosas que a Dios le gusta que hagamos.

Cuando Dios le brinda confianza a un hombre es para que honre esa confianza, no para que se aproveche de ella. Y en la relación de Limardo con su Dios, Limardo no es confanzudo.

Por eso, cuando decimos Miguel Limardo, se siente una sensación de ternura y de tranquilidad de espíritu, como si se estuviera comulgando con su nombre.

Y al repetir: Miguel Limardo, se alumbra el pensamiento con la certeza de vida eterna y se ve en nuestra imaginación - como si fuéramos otra vez estudiantes de Escuela Dominical, cuando niños, en la Iglesia de Yauco - los aposentos nítidos, aderezados por el Señor para cuando llegue el término de nuestras vidas cansadas. Pero no son sólo atisbos de inmortalidad lo que su nombre sugiere; ni es sólo templanza de espíritu lo que su presencia trae porque, al decir otra vez Miguel Limardo también se dice, en la misma explosión de aliento y de palabras: Libertad.



Y es que Miguel Limardo ha sido, y sigue siendo, pastor de libertades.

En un país cercano al nuestro, separado apenas por un brazo de mar, quedaron unos surcos abiertos de libertad; abiertos por las manos silenciosas de Miguel Limardo. Y en este mismo país llegó un día cuando el nombre "Miguel Limardo" era palabra proscrita, era nombre sentenciado.

Un día nos dijo: "Y teníamos que estar escondiendo la imprentita de casa en casa, huyendo como ladrones en la noche, para que Trujillo no nos encontrara. Allí aprendí a huir."

Supé luego que la persecución a Limardo era porque predicaba la palabra de Cristo enmarcada en el contexto en que siempre - y únicamente - debe ser

predicada; en el contexto de la libertad del hombre, en el marco de la dignidad del ser humano.

Peleó -y sé que seguirá peleando- muchas batallas este viejo guerrero. Y nunca la última será la menos dura.

Pero las peleó y las pelea como las debe pelear un soldado de Cristo: Biblia en mano y correa bien amarrada al cinto.

Porque para todo guerrillero de Cristo la Biblia no es sólo libro, sino azada; no sólo promesa, sino realidad.

En el laboratorio de su fe no hay desconocidos, no hay inconstantes, no hay veredas sin caminar.

Porque es laboratorio instalado sobre un "soberao" de experiencias religiosas únicas, movido por la fuerza del amor a Dios y alimentados sus filtros por la constante riqueza de su contacto diario con sus hermanos hombres.

Por eso, por sobre su estructura teológica está su estructura de hombre de realidades y de hombre de agonías.

No puede ser hombre de Dios quien no es hombre de agonías. Y como Dios está tan y tan alto, para poder alcanzarlo hay que arrodillarse.

Hoy Miguel Limardo está enfermo, gravemente enfermo.

El Señor lo puede levantar o lo puede llamar.

Para ambas cosas está preparado.

Que sea, pues, su ejemplo, trillo del Señor para los que, como él, la Biblia fue libro abierto, y, la vida en Cristo, texto diario.